

RIESGOS Y LIMITACIONES DE UNA CLASIFICACIÓN EXHAUSTIVA DE NUESTRAS CERTEZAS OBJETIVAS¹

José María Ariso
Universität Kassel (Alemania)

Resumen: Entre las principales aportaciones de las notas de Ludwig Wittgenstein que fueron publicadas con el título Sobre la certeza se hallan sus observaciones sobre lo que él mismo denomina “certeza objetiva”. Tras describir la clasificación de certezas objetivas elaborada por Danièle Moyal-Sharrock, en este trabajo se someten a examen no sólo las cuatro categorías de certezas descritas por esta autora, sino también las consecuencias que entraña llevar a cabo semejante clasificación, pues dicha empresa nos aboca a un enfoque proposicional que, a su vez, propicia una tergiversación de la concepción wittgensteiniana de la certeza objetiva.

1. INTRODUCCIÓN

Durante sus últimos dieciocho meses de vida, Ludwig Wittgenstein escribió una serie de notas que posteriormente fueron publicadas con el título *Sobre la certeza*². Una de las principales aportaciones de esta obra es la diferencia categorial que su autor establece entre el saber y la certeza³: mientras que el saber se basa en razones más seguras que aquello que se dice saber⁴, la cer-

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco de los proyectos de investigación “Metaescepticismo y el presente de la epistemología: postwittgensteinianos y neopopperianos” (DGICYT HUM2007-60464) y “Cultura y religión: Wittgenstein y la contra-ilustración” (FFI2008-00866/fiso).

² En este trabajo sólo citaré la versión en castellano: Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, trad. J. L. Prades y V. Raga, Barcelona, Gedisa, 1988.

³ Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, §308, p. 39. En este fragmento Wittgenstein no habla de “certeza” sino de “seguridad” (*Sicherheit*); no obstante, el término “seguridad” es usado aquí como un sinónimo de “certeza”.

⁴ Id., §243, p. 32.

teza es “algo tan seguro como cualquier cosa que pudiera aducirse como evidencia al respecto”⁵. Pero lo que realmente le interesaba a Wittgenstein no era la “certeza subjetiva” que mostramos cuando no tenemos ninguna duda sobre algo y tratamos de convencer a los demás, sino la “certeza objetiva” que se caracteriza porque la posibilidad del error está lógicamente excluida⁶. A pesar de que Wittgenstein no ofreció clasificación alguna de nuestras certezas, algunos autores han intentado ofrecer clasificaciones exhaustivas y rigurosas de las certezas descritas por el pensador vienés en *Sobre la certeza*. En el segundo capítulo de este trabajo haré referencia a las clasificaciones propuestas por Hans-Johann Glock y Danièle Moyal-Sharrock. Sin embargo, me centraré en la clasificación ofrecida por la autora británica: pues si bien la clasificación de Glock es una escueta alusión condensada en diez líneas, la detallada clasificación de Moyal-Sharrock no sólo incluye las categorías propuestas por Glock, sino que además contiene una serie de observaciones sobre las certezas denominadas “universales” que constituirán el objeto central de mi crítica en el presente ensayo. Así, tras analizar las cuatro categorías que componen la clasificación de Moyal-Sharrock, acabaré el segundo capítulo explicando por qué esta autora comete sendos errores cuando mantiene, por un lado, que sólo la vulneración de una certeza universal podría provocar el colapso de todo el sistema de referencia, y por otro lado, que la vulneración de una certeza universal supondría que en tal caso ya no tuviera sentido utilizar el concepto “humanidad”. Para acabar, en el tercer y último capítulo se explicará en qué sentido la idea de ofrecer una clasificación exhaustiva de nuestras certezas entraña una tergiversación de la naturaleza de dichas certezas.

2. DOS CLASIFICACIONES DE CERTEZAS OBJETIVAS: CRÍTICA A LAS CATEGORÍAS PROPUESTAS POR MOYAL-SHARROCK

En el erudito diccionario que Hans-Johann Glock dedica a la obra de Wittgenstein se hace referencia, si bien de forma sumamente escueta, a cuatro tipos de certezas. El primer tipo es el formado por las certezas que se han mostrado invariables a lo largo de la historia: según Glock, estas certezas, entre las que se cuentan algunas como “la Tierra existe desde hace mucho tiempo”, son válidas para toda persona sana. El segundo tipo lo constituyen las certezas que varían en función del tiempo: se trata de certezas derivadas de descubrimientos puntuales, como “todo cráneo humano encierra un cere-

⁵ Id., §250, p. 33.

⁶ Id., §194, p. 27. De hecho, en este trabajo usaré el término “certeza” para referirme a nuestras certezas objetivas. Por otro lado, al usar el concepto “lógica” no me referiré a la concepción clásica de la lógica aplicable a todos los mundos posibles que podemos encontrar, por ejemplo, en el propio *Tractatus* de Wittgenstein. En su lugar, y al igual que hizo Wittgenstein en sus escritos tardíos, emplearé la palabra “lógica” como sinónimo de “gramática”, es decir, como alusión a un conjunto de reglas que sólo tienen validez dentro de un juego de lenguaje determinado.

bro”. Los otros dos tipos de certezas no tienen carácter impersonal, sino puramente personal. Así, el tercer tipo de certezas es el formado por proposiciones referentes a aquello de lo que cada sujeto puede estar seguro respecto a sí mismo, como “tengo dos manos” o “mi nombre es J. M.”. Por último, el cuarto tipo de certezas son específicas de cada persona, pues son parte de su particular imagen del mundo: por ejemplo, “he pasado mi infancia en España”⁷.

Algunos años después, Danièle Moyal-Sharrock ofreció una clasificación similar a la de Glock⁸. Las cuatro categorías de certezas que componen la clasificación de Moyal-Sharrock son las siguientes⁹:

- 1) *lingüísticas*: son reglas gramaticales que definen con precisión nuestro uso tanto de las palabras como de los números. Sirvan de ejemplo “ $2+2=4$ ” o “A es un objeto físico”¹⁰;
- 2) *personales*: estas certezas hacen referencia a un individuo concreto. Concretamente, Moyal-Sharrock distingue aquí entre certezas de carácter autobiográfico (“nací en Madrid”) y perceptual, ya sea en relación con el propio cuerpo (“me duele la rodilla derecha”) o con objetos exteriores a nosotros (“ahora mismo estoy viendo un castillo con cuatro torres”);
- 3) *locales*: se trata de certezas que son válidas sólo para una comunidad lingüística en un período determinado. A modo de ejemplo, hubo un tiempo en que se daba por hecho que “la Tierra es plana”, pero que “la Tierra es redonda” se ha convertido desde hace siglos en una de nuestras certezas;
- 4) *universales*: es el tipo de certezas más importantes. No en vano opina Moyal-Sharrock que estas certezas, entre las que se cuentan algunas como “existen objetos físicos” o “tengo antepasados”, delimitan los límites universales del sentido para todos los seres humanos normales. Según esta autora, las certezas universales constituyen una “gramática

⁷ Hans-Johann GLOCK, *Wittgenstein-Lexikon*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2000, pp. 145-146.

⁸ Como tendremos ocasión de comprobar, el primer tipo de certezas descrito por Glock corresponde a las certezas que Moyal-Sharrock denomina “universales”; el segundo tipo se puede incluir dentro de las certezas que Moyal-Sharrock llama “locales”; y por último, el tercer y el cuarto tipo de certezas propuestas por Glock se pueden contemplar, según la terminología de Moyal-Sharrock, como certezas “personales”.

⁹ Danièle MOYAL-SHARROCK, *Understanding Wittgenstein's On Certainty*, Hampshire & New York, Palgrave Macmillan, 2004, pp. 102-103.

¹⁰ Moyal-Sharrock puntualiza que la posesión de estas certezas lingüísticas se plasma en un “saber cómo” o en la automatización de una capacidad que no admite margen alguno para el error. Aunque es posible que puntualmente cometamos *lapsus linguae* o no estemos seguros del uso de palabras como “filaria” o “filoxera”, al hablar nuestra lengua materna –y siempre que se trate de condiciones normales– no podemos equivocarnos al usar palabras como las referentes a los colores primarios, así como tampoco necesitamos recordar de forma expresa el uso de la gran mayoría de las palabras que empleamos. Cfr. Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, §340, 624-627, 630, pp. 43-44, 83.

universal” que, a diferencia de la descrita por Chomsky, no heredamos a través de los genes, sino que muestra a través de nuestra forma de hablar y actuar en qué consiste la forma de vida humana. La importancia de estas certezas se aprecia sobre todo si atendemos al efecto que provocaría su vulneración: pues según Moyal-Sharrock, sólo la vulneración de una certeza universal puede provocar el colapso del sistema de referencia en el que se inscriben todas nuestras certezas objetivas.¹¹

Una vez hecha esta somera introducción a la clasificación de Moyal-Sharrock, voy a analizar cada una de las categorías descritas.

En lo que respecta a las certezas lingüísticas, constituyen las proposiciones de la lógica y la matemática que, desde el *Tractatus* hasta justo antes de escribir *Sobre la certeza*, fueron consideradas por Wittgenstein como las únicas reglas gramaticales existentes. Sin embargo, en *Sobre la certeza* reconocerá que “hay un número incalculable de proposiciones empíricas que, para nosotros, son ciertas”¹². Dicho de otro modo, Wittgenstein considerará como reglas gramaticales en esta obra muchas proposiciones que, pese a su apariencia empírica, tratamos como ciertas: es decir, las tratamos de tal modo que la posibilidad de cometer un error al usar dichas proposiciones está lógicamente excluida. Así pues, no parece haber razones de peso para hablar, dentro del contexto de *Sobre la certeza*, de un tipo específico de certezas denominadas “lingüísticas”, pues todas las certezas que aparecen en esta obra son lingüísticas en tanto que regulan nuestro uso del lenguaje. No en vano advirtió Moyal-Sharrock que el hecho de que las certezas personales, locales y universales parezcan proposiciones empíricas podría disuadirnos de ver en ellas reglas gramaticales, por lo que recomienda que nos fijemos en el uso de estas proposiciones y no en su apariencia. Partiendo de esta observación, cabría añadir que Moyal-Sharrock parece dejarse llevar por la apariencia de las certezas lingüísticas al destacar que se distinguen de las demás certezas porque definen con precisión el uso de las palabras; pues si dejamos a un lado las apariencias y analizamos nuestras certezas personales, locales y universales, podremos comprobar que en muchas ocasiones ilustran el uso de nuestro lenguaje con tanta o mayor claridad que las propias certezas lingüísticas¹³.

En cuanto a las certezas personales, es evidente que también consideramos como ciertas múltiples declaraciones autobiográficas o perceptuales que no admiten margen alguno para el error o la duda. Pero precisamente porque sólo podremos considerar estas declaraciones como objetivamente ciertas si la posibilidad de error está lógicamente excluida, hay que analizar cuidadosamente caso por caso para comprobar si determinada proposición de carácter autobiográfico o perceptual es objetivamente cierta. Con el fin de paliar

¹¹ Danièle MOYAL-SHARROCK, o.c., pp. 147, 176.

¹² Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, §273, p. 35.

¹³ Obsérvese que, si eliminamos las certezas lingüísticas de la clasificación de Moyal-Sharrock, dicha clasificación resulta casi idéntica a la planteada por Glock. Ver nota 8.

este problema, se podría pensar que nos sería de gran utilidad contar con una regla que permitiera distinguir si, al usar una proposición en determinadas circunstancias, la posibilidad de error queda lógicamente excluida. Así, y refiriéndose a las certezas perceptuales, Moyal-Sharrock enumera seis condiciones que, si fueran cumplidas, nos permitirían –según ella– asegurar que en ese caso concreto nuestra percepción visual es infalible¹⁴. De hecho, añade que si se introdujeran algunas pequeñas variaciones, esta regla debería ser aplicable también a la percepción táctil y auditiva. Para no extenderme demasiado, a continuación describiré las cuatro condiciones más importantes haciendo especial hincapié en su vaguedad, lo cual mostrará con total claridad que dichas condiciones en modo alguno garantizan la exclusión lógica de la posibilidad de equivocarse:

- a) *El objeto debe hallarse claramente a la vista: es decir, no demasiado lejos, iluminado, y sin moverse demasiado.* ¿Pero acaso serían de alguna utilidad expresiones tan vagas como “claramente a la vista”, “no demasiado lejos” o “sin moverse demasiado” para precisar en todos los casos imaginables que la posibilidad de error respecto a nuestra percepción visual queda lógicamente excluida? Evidentemente, no.
- b) *El sujeto ha de estar lúcido.* Para comprobar tal cosa, es posible que requiriéramos la ayuda de psicólogos, psiquiatras o neurólogos. Pero aunque así fuera, estos especialistas podrían equivocarse en sus diagnósticos o discrepar entre sí, lo cual revela claramente que la posibilidad de cometer un error no podría quedar definitivamente excluida.
- c) *El sujeto debe estar familiarizado con el objeto y las variaciones que éste pudiera experimentar.* Huelga decir que la expresión “estar familiarizado” es tan ambigua que, si quisiéramos aplicar esta condición a un caso real, nos veríamos obligados como mínimo a tratar de especificar con mucho mayor detalle en qué consiste esta familiaridad con el objeto y –sobre todo– con sus variaciones.
- d) *El sujeto no debe tener duda alguna de que todas las condiciones anteriores se han cumplido.* Sin embargo, el análisis que hemos llevado a cabo revela que las condiciones anteriormente descritas son demasiado vagas como para asegurar, sin dejar margen alguno a la duda, que han sido cumplidas.

La intención de Moyal-Sharrock era elaborar una regla que permitiera distinguir todos y cada uno de los casos en que la percepción visual resulta infalible. Pero Wittgenstein muestra con brillantez por qué semejante empresa está abocada al fracaso. Refiriéndose a las reglas aritméticas, dice:

“Pero, ¿se puede desprender de una regla en qué circunstancias queda excluido lógicamente el error en la utilización de las reglas del cálculo?”

¹⁴ Danièle MOYAL-SHARROCK, o.c., p. 132.

¿De qué serviría semejante regla? ¿No podríamos equivocarnos (otra vez) en su aplicación?”¹⁵

“Sin embargo, si quisiéramos dar una regla en este caso, contendría la expresión «en circunstancias normales». Y aunque reconocemos las circunstancias normales, no podemos describirlas con exactitud. Como mucho, podríamos describir una serie de circunstancias anormales”¹⁶.

No cabe duda de que las condiciones descritas por Moyal-Sharrock se encuentran entre las circunstancias que podemos reconocer en aquellos casos de percepción visual que habitualmente consideramos infalibles. Pero el error consiste en no contentarse con tomar estas condiciones como circunstancias que habitualmente “reconocemos”: lejos de tal cosa, estamos tentados a elaborar reglas de aplicación universal olvidando que, por muy precisas que éstas sean, siempre cabe la posibilidad de que nos equivoquemos al aplicarlas.

Mi crítica de las certezas locales está estrechamente relacionada con los comentarios que voy a formular a continuación sobre las certezas universales. Moyal-Sharrock presenta las certezas universales como los elementos constituyentes de una “gramática universal” compartida por todos los seres humanos normales. En otras palabras, Moyal-Sharrock da por hecho que todos los seres humanos, salvo aquellos que presenten anomalías puntuales, son partícipes de dichas certezas: lo cual, dicho sea de paso, marcaría el límite entre la normalidad y la anormalidad¹⁷. Sin embargo, cuando Wittgenstein cita en *Sobre la certeza* certezas universales como “la Tierra existe desde hace más de cien años” o “tengo un cuerpo”¹⁸, no dice en ningún momento que son partícipes de dichas certezas todos los hombres que han existido, existen y existirán. En este punto podría confundirnos el hecho de que Wittgenstein se exprese muy a menudo en primera persona del plural; pero esta forma de expresarse se debe a que, frente a las proposiciones mooreanas del tipo “yo sé con certeza que p”, Wittgenstein no sólo criticaba el uso que Moore hacía del verbo “saber”, sino que además proponía contemplar “p” como una certeza compartida por una comunidad lingüística. De ahí que afirme:

“Las verdades que Moore afirma saber son tales que, dicho sea de paso, si él las sabe, todos las sabemos”¹⁹.

En principio, podría parecer que el hecho de que Wittgenstein utilice la expresión “todos las sabemos” indica que se refiere al conjunto de la humani-

¹⁵ Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, §26, p. 5.

¹⁶ Id., §27, p. 6.

¹⁷ O siguiendo a Glock, el cual señaló que las certezas invariables a lo largo de los tiempos son compartidas por todas las “personas sanas”, podríamos hallar en este punto el límite entre la salud y la enfermedad, o si se quiere, entre la cordura y la locura.

¹⁸ Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, §§257-259, pp. 34.

¹⁹ Id., §100, p. 15.

dad, pero no es así. Partiendo de la terminología de Moyal-Sharrock, podríamos decir que las certezas que esta autora denomina “universales” deberían ser tomadas como “locales en un sentido muy amplio”. En otras palabras, pienso que las certezas universales no tienen por qué ser compartidas por toda comunidad humana. Esta crítica está estrechamente relacionada con otra observación de Moyal-Sharrock. Según esta autora, la pérdida de una certeza universal provocaría que el concepto de “humanidad” dejara de tener significado²⁰. Pero a juzgar por los dos fragmentos de Wittgenstein que cito a continuación, el pensador vienés parecía no compartir dicha idea:

“¿Cómo aparecería una sociedad compuesta de hombres sordos? ¿Cómo, una de ‘débiles mentales’? ¡Cuestión capital! ¿Qué tal, entonces, una sociedad que nunca hubiera jugado muchos de nuestros juegos de lenguaje acostumbrados?”²¹

“Uno se representa a un imbécil bajo la imagen del degenerado, del esencialmente incompleto, por decirlo así, del andrajoso. Y así, bajo la imagen del desorden, en vez del orden primitivo (que sería un modo de verlo mucho más fructífero).

Justamente no advertimos una *sociedad* compuesta por tales hombres”²².

No advertimos una sociedad compuesta por tales hombres. Es cierto que los sordos no pueden tomar parte en algunos de nuestros juegos de lenguaje; pero los débiles mentales (*Geistesschwachen*) pueden llegar al punto de no ser partícipes de algunas de las certezas que Moyal-Sharrock denomina “universales”. Por tanto, tendemos a imaginarnos al débil mental bajo la imagen del “esencialmente incompleto” porque no es partícipe de algunas certezas: o dicho de otro modo, se ve al débil mental como esencialmente incompleto porque cuando tratamos de formarnos una imagen del ser humano o de la humanidad misma, la imagen que tomamos como referencia es la de un individuo en plena posesión de sus facultades físicas y, sobre todo, mentales. Partiendo de aquí, el sordo y el débil mental aparecen, ante todo, como seres con déficits porque apenas somos capaces de contemplarlos por sí mismos, sin compararlos con el modelo de referencia. Pero si finalmente pudiéramos imaginarnos una sociedad formada por débiles mentales, ¿qué razón se podría esgrimir para no considerarla “humana”? Evidentemente, ninguna. De hecho, si aún nos planteamos este tipo de preguntas es porque todavía somos cautivos del dogmatismo que supone asumir que el concepto “humanidad” se condensa en la imagen del hombre en plena posesión de sus facultades físicas y, sobre todo, mentales.

²⁰ Danièle MOYAL-SHARROCK, o.c., p. 150.

²¹ Ludwig WITTGENSTEIN, *Zettel*, trad. O. Castro y C. U. Moulines, México, UNAM, 1985, §371, p. 70.

²² Id., §372, p. 70.

Sin embargo, los errores que comete Moyal-Sharrock en relación con las certezas universales no acaban aquí. Tal y como dije anteriormente, esta autora mantiene que sólo la vulneración de una certeza universal podría provocar el colapso del sistema de referencia constituido por nuestras certezas objetivas. Pero semejante afirmación es rotundamente falsa. Prueba de ello es que Wittgenstein afirma que cuestionar proposiciones como “nunca he estado en Asia Menor”²³ o “mi nombre es L. W.”²⁴ supondría renunciar a cualquier juicio. Como se puede apreciar, las dos proposiciones que he citado a modo de ejemplo no expresan certezas universales, sino certezas personales. Mas esto no quiere decir que el colapso del sistema sólo pueda ser provocado por la vulneración de las certezas universales y personales: en realidad, dicho colapso será provocado si nos desprendemos de cualquier certeza objetiva, ya sea ésta universal, personal, lingüística o local. Semejante efecto se debe, según Wittgenstein, a que todas las certezas –entiéndase certezas objetivas– del sistema se sostienen mutuamente²⁵: y al no ser el sistema de referencia, en conjunto, más seguro de lo que pueda serlo una certeza en su seno, poner en duda una certeza cualquiera supondría poner en duda el sistema entero²⁶.

3. CRÍTICA A LA IDEA MISMA DE CLASIFICAR NUESTRAS CERTEZAS OBJETIVAS

En opinión de Rush Rhees, es un error intentar llevar a cabo una clasificación de nuestras certezas, ya que sólo podremos entender el rol lógico de éstas si reflexionamos sobre las consecuencias que acarrearía la desaparición de su inmunidad a la duda²⁷. Al expresarse en estos términos, Rhees está presuponiendo que al proponer una clasificación de nuestras certezas objetivas no se pretende otra cosa que arrojar luz sobre el estatus lógico de dichas certezas. Sin embargo, creo que la idea de elaborar una clasificación de las certezas posee otros alicientes además del señalado por Rhees. Entre estos alicientes añadidos se encuentra también la tentación de elaborar una serie de categorías que muestren de forma clara y definitiva de qué proposiciones podemos decir que estamos seguros de su certeza. Sin embargo, al analizar cada categoría por separado hemos comprobado las dificultades que puede acarrear dicha clasificación: las certezas lingüísticas sólo se distinguen de las demás por su mera apariencia; las certezas universales deberían contemplarse como “locales en un sentido amplio”, etc. Pero éste, con ser importante, no es ni mucho menos el principal problema. Paradójicamente, el principal problema que presenta la idea de clasificar nuestras certezas objetivas es que tergiversa la propia naturaleza de dichas certezas, ya que nos aboca a un

²³ Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, §419, p. 54.

²⁴ Id., §§490, 494, pp. 64, 65.

²⁵ Id., §144, p. 21.

²⁶ Id., §185, p. 26.

²⁷ Rush RHEES, *Wittgenstein's On Certainty. There-Like Our Life*, Malden and Oxford, Blackwell, 2003, p. 78.

enfoque proposicional de las mismas. Efectivamente, las clasificaciones de Glock y Moyal-Sharrock son, ante todo, clasificaciones no de certezas objetivas sino de proposiciones gramaticales: es decir, de proposiciones que expresan certezas objetivas²⁸. Sin embargo, el propio Wittgenstein ya advirtió que “la proposición sólo tiene sentido a través del uso”²⁹. Esto implica que las certezas, aunque se expresen a través de proposiciones gramaticales, no desempeñan papel alguno en los juegos de lenguaje, sino en la esencia de los mismos³⁰. De ahí que las certezas no puedan ser dichas –entiéndase dichas con sentido–, sino meramente mostradas: concretamente, las certezas se muestran a diario a través del modo en que hablamos y actuamos³¹. ¿Pero acaso no podemos encontrar en las páginas de *Sobre la certeza* múltiples proposiciones gramaticales que Wittgenstein cita reiteradamente como ejemplos de certezas objetivas? El hecho de que sólo se pueda responder de forma afirmativa a esta pregunta no quiere decir que la expresión de las certezas objetivas no constituyera un problema para Wittgenstein³². Ante esta tesis, una de las soluciones que encontró el pensador vienés para referirse a nuestras certezas objetivas consistió en apoyarse en el deíctico “así”: “así se calcula”³³, “así es como calculamos”³⁴, “así actuó”³⁵, “este juego de lenguaje es, exactamente, así”³⁶, “todo hombre «razonable» se comporta así”³⁷. Al expresarse de esta manera, Wittgenstein traslada el problema del plano de la verbalización al meramente contemplativo. El “decir” queda a un lado y se pone todo el énfasis en el “mostrar”. La actitud intelectualista a ultranza que ha mostrado tan a menudo la filosofía occidental es sustituida aquí por una actitud contemplativa. Por tanto, “lo que hay que vencer no es una dificultad del entendimiento sino de la voluntad”³⁸. La dificultad que ha de ser vencida es la de

²⁸ Quiero dejar claro que en el presente artículo he utilizado con frecuencia las expresiones “certeza lingüística”, “personal”, “local” y “universal” no porque su uso me pareciera acertado o recomendable, sino para clarificar primero y criticar después la clasificación ofrecida por Moyal-Sharrock.

²⁹ Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, §10, p. 3.

³⁰ Id., §370, p. 48. En la versión en castellano de J. L. Prades y V. Raga hay un fallo de traducción, pues éstos vierten “que la ausencia de duda pertenece al juego de lenguaje” cuando Wittgenstein, en el original alemán, escribe “*daß die Zweifellosigkeit zum Wesen des Sprachspiels gehört*”, es decir, “que la ausencia de duda pertenece a la esencia del juego de lenguaje”. Naturalmente, la “ausencia de duda” ha de ser entendida aquí como otro sinónimo de “certeza”.

³¹ Id., §§7, 395, 431, pp. 2, 51, 56. Las proposiciones que he denominado “gramaticales” sólo tienen sentido en casos tan especiales como cuando se enseña a hablar a un niño; pero en esos casos poseen carácter informativo, por lo que no expresan certezas objetivas.

³² Cfr. José María ARISO, “Sinónimos de certeza en Wittgenstein”, en *Sentido y sinsentido. Wittgenstein y la crítica del lenguaje*, C. Moya (ed.), Valencia, Pre-Textos, 2008, pp. 51-61.

³³ Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, §§39, 47, pp. 7, 8.

³⁴ Id., §212, p. 29.

³⁵ Id., §148, p. 153.

³⁶ Id., §56, p. 9.

³⁷ Id., §254, p. 33.

³⁸ Ludwig WITTGENSTEIN, *Aforismos. Cultura y valor*, trad. E. C. Frost, Madrid, Espasa Calpe, 1996, §91, p. 56.

dejar a un lado, al menos en ciertas ocasiones, esa actitud intelectualista que halla una de sus más claras expresiones en el afán de clasificar con la mayor precisión posible nuestras certezas objetivas. Pero ante semejante afán debemos mantener una actitud crítica no sólo a la hora de analizar las categorías de certezas propuestas en cada clasificación, sino también, y muy especialmente, para asumir que concentrarnos en dichas clasificaciones puede hacer que no reparemos en la infabilidad de las proposiciones gramaticales o en el cambio de actitud sugerido por Wittgenstein.